

FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

SOBRE NOMBRE Y COSA EN PLATON

Separata de PHILOLOGICA II

1989 (415-418)

SALAMANCA, 1989

Sobre nombre y cosa en Platón

En un trabajo publicado hace poco por D. José Mondéjar¹ se dedica una larguísima nota a criticar algunas interpretaciones mías del pensamiento platónico en lo relativo a la relación entre lengua y realidad o, más exactamente, entre nombre y cosa (ὄνομα y πράγμα). Creo que hay aquí algunos malentendidos y voy a intentar explicarme en las pocas páginas que siguen, dedicadas a mi antiguo amigo Antonio Llorente.

Mondéjar cita algunos pasajes de un escrito mío en *Logos Semantikós*² y otros de estudios anteriores³ en que manifiesto mi opinión de que en términos generales Platón considera que las palabras corresponden a las cosas, de donde su valor como instrumento de enseñanza y clasificación. Mondéjar argumenta todo el tiempo a partir del *Crátilo* y, más concretamente, de su conclusión (439 b) de que las cosas «hay que aprenderlas e investigarlas más a partir de sí mismas que a partir de los nombres».

A partir de aquí, pone en duda una serie de afirmaciones mías: sobre todo, que «en términos generales» hay en Platón una «creencia firme» en la correspondencia en cuestión, que sólo «a veces» se accede a la verdad a través de las palabras (según Platón), que Platón introduce «sólo una leve corrección» a la correspondencia palabra-cosa, que para él la lengua «solo en parte» calca la realidad. Es decir: soy consciente de que, para Platón, la correspondencia nombre-cosa es admitida en parte sí, en parte no (hay ciertas diferencias en mis formulaciones de ambas posiciones). Mondéjar, en cambio, pone todo el énfasis en la inconexión nombre/cosa, que lleva a Platón al programa de investigar las cosas a partir de sí mismas; y duda que en parte alguna del *Crátilo* manifieste Platón esa «creencia firme». Añade un argumento: que la afirmación platónica (*Crátilo* 388 bc) de que «el nombre por tanto es un instrumento de enseñanza y clasificación de la esencia» contiene un sofisma «destapado» por Coseriu en varios escritos y sobre el que el propio Mondéjar insiste.

Quizá yo haya expresado con excesiva rapidez dando demasiadas cosas por supuestas, por eso querría, antes que nada, dejar dos cosas en claro:

¹ «El pensamiento de J. Huarte». *RFE* 64, 1984, cf. pp. 95 ss.

² *Studia Linguistica in honorem Eugenio Coseriu*, I, Madrid, Gredos, 1981: «La teoría del signo lingüístico en Gorgias de Leontinos», pp. 9-19.

³ «Lengua, ontología y lógica en los sofistas y Platón», *ROcc.*, 2.ª época, 96, 1971, pp. 340-365 y 99, 1971, pp. 285-309, también en *Estudios de Semántica y Sintaxis*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 209-246; y «La teoría del signo lingüístico en un pasaje del Banquete platónico», *RSEL* 10, 1980, pp. 331-337.

1.^a) Al hablar en esos términos me apoyo no tanto en el *Crátilo* (aunque también en el *Crátilo*), como en la totalidad de la obra platónica; no tanto en su teorización sobre la lengua como en su uso de la misma precisamente como instrumento para el conocimiento de la realidad y su clasificación. Pensaba, de todos modos, que mis afirmaciones en uno de los trabajos mencionados sobre la definición de las ideas de los valores a partir de los nombres en el *Gorgias* y otros diálogos o sobre el análisis dicotómico de la realidad a partir también de los nombres en el *Sofista*, eran suficientemente explícitas. No puedo por menos de reafirmarme en lo que dije en un trabajo anterior⁴. La Historia de la Lingüística viene trabajando con materiales muy escasos, reunidos hace ya demasiado tiempo: en lo relativo a Platón, el acento está puesto excesivamente en el *Crátilo*. Hay que introducir en la discusión materiales nuevos (todo Platón) que el lingüista que no es filólogo clásico o historiador de la Filosofía suele dejar de lado.

2.^a) Resulta incongruente la crítica moderna de tal o cual afirmación platónica. No se trata de lo que opinen Coseriu o Mondéjar (u opine yo mismo) sobre la exactitud o al contrario de las formulaciones platónicas, sino de estas mismas formulaciones. Que de la correspondencia, firme o no, nombre-cosa no puede concluirse aquello de que «el nombre es un instrumento de enseñanza y clasificación del Ser», es una opinión: pero Platón lo concluye. Si es acertado o no, tampoco interesa en este contexto. El caso es que lo concluye, no sólo en el pasaje citado del *Crátilo*, sino que es aludido más adelante: la δύνανμις de los nombres es enseñar (435 d ss.), las cosas se aprenden principalmente a través de los nombres (439 a). Ciertamente que en este último pasaje se continúa diciendo que las cosas pueden también conocerse «a partir de sí mismas» (como ya dijimos) y que, aunque ni Crátilo ni Sócrates están capacitados para decidir cuál de los dos modos de aprendizaje es el mejor, al segundo le gustaría reconocer que es preferible el que parte de las cosas. Pero no está negado, en forma alguna, el primero.

Y con esto comienzo algunas aclaraciones sobre mi postura. Tenemos que distinguir entre los pasajes en que Platón discurre sobre la lengua, sobre su relación con la realidad, y aquellos otros en que aplica la lengua (aquí nos limitamos a los nombres, ὀνόματα) para la investigación de ésta. Los primeros están principalmente en el *Crátilo*, aunque no sólo en el *Crátilo*: manifiestan, en ocasiones, la idea de que hay una distancia, mayor o menor, entre el nombre y la cosa, pero de que de todos modos el nombre es un instrumento para la investigación de la cosa, pues que la investigación directa sea preferible ya hemos dicho que no pueden decidirlo Sócrates ni Crátilo. Es bien sabido que Platón conoce las críticas y las contracríticas de las teorías de la lengua σεῖ y νόμῳ y que en uno y otro caso ve la posibilidad de desajustes nombre/realidad; igual cuando, en el mismo diálogo, investiga los nombres como «imitaciones» (μιμήσεις): es claro que en el pensamiento platónico la «imitación» se acerca más o menos al Ser, pero siempre hay una distancia. Y, todavía, cuando investiga al νομοθέτης o «legislador» que impuso los nombres y que puede acertar más o menos.

Pero nunca, ya decimos, niega en el *Crátilo* la utilización de los nombres para el aprendizaje y enseñanza de la realidad. Insiste en ello en la *Carta Séptima* 342 a. Dice explícitamente (*República* 596 a) que llamamos ideas a «cada multitud de cosas a las que damos un mismo nombre». La relación explícita entre idea y nombre reaparece en *Cármides* 175 b y *Fedón* 102 a. Evidentemente, hay un tipo de nombres que se ajustan al Ser, pues. En realidad no son en absoluto excluidos en el *Crátilo*. Muy concretamente, la discusión

⁴ «Teorías lingüísticas de la Antigüedad: panorama actual y desiderata», *RSEL* 13, 1973, pp. 1-26, sobre todo pp. 4 y 11.

contra la teoría φύσει todo lo que argumenta es que no todos los nombres son correctos o adecuados: de ahí el riesgo (κίνδυνος) de la investigación mediante los nombres. Pero Platón va más lejos: el sabio y el dialéctico pueden superar ese riesgo, cf. *Crátilo* 392 c.

A este uso de los nombres por el dialéctico corresponde la investigación platónica en su obra en general. En otros lugares he hecho ver que Platón considera los nombres de los valores —que son los utilizados en su investigación— como de sentido unitario, equivalente al de la idea que designan, y como organizados en sistemas de correlaciones que presentan términos con oposiciones exclusivas entre sí. Por ejemplo, κακόν es lo contrario de καλόν en todas y cada una de las distribuciones. Eso sí, el sentido unitario que se presupone en todas y cada una de las distribuciones tiene que ser elucidado por el filósofo: y esto es exactamente lo que hace Platón. Como dije en mi trabajo ya citado⁵, Platón no vacila en forzar el uso real de la lengua griega para obtener esos campos semánticos de organización binaria y exclusiva, con sentido unitario de cada término. «Descubre» así, dentro de la lengua griega, algo que se «oculta» al común de los hablantes: nombres que por su significado corresponden exactamente al Ser que recubren, son propiamente nombres φύσει. Esto aclara y precisa, pienso, lo que yo decía sobre la creencia de Platón en la correspondencia nombre = cosa: es una creencia que se limita a los nombres de valor, que exige un conocimiento profundo y que no excluye discrepancias y desajustes. Y que es aceptada incluso en el *Crátilo*, al menos para algunos casos.

Platón es muy consciente de que, cuando investiga en sus diálogos aporéticos lo que es la σωφροσύνη, la ἀνδρεία, la εὐσέβεια, etc. —es decir, la templanza, el valor, la piedad— o, luego y en definitiva, lo que es la *areté*, lo que está investigando es el significado que, según él, tienen esas palabras en la lengua griega. Las palabras, bien investigadas y establecidas sus relaciones, son ciertamente un instrumento para «aprender» (y «enseñar») el Ser que subyace a ellas. Y en el *Sofista*, la investigación de las redes semánticas en que las palabras se organizan, consistentes en ramificaciones con sucesivas dicotomías, equivale a la investigación de la realidad subyacente, que es así analizada, seccionada, siguiendo sus propias coyunturas igual que hace el sacrificador con la víctima (*Sofista* 265 c, *Político* 259 d, 287 c). El *Sofista* es, como afirma Coseriu⁶, «la más importante aportación positiva de Platón a la problemática de la Filosofía del lenguaje». Pues bien, es bien claro que en este diálogo las «partes» o ideas en que se fragmenta el Ser están revestidas de nombres que se adaptan a ellas: conocer estos nombres, su significado y sus relaciones es conocer el Ser y su articulación.

A esto es a lo que yo me refería cuando decía que en general Platón acepta la correspondencia nombre = cosa y que lo excepcional es, en él, la posición crítica, más o menos negativa. Habría debido precisar, quizá, que Platón usa un determinado lenguaje, como instrumento de investigación del Ser precisamente, pero que es consciente de que ese lenguaje no es el único existente: hay que escoger las palabras y hay que investigar su verdadero significado, cosa del filósofo y el dialéctico. Precisamente en un pequeño trabajo mío arriba citado⁷ hacía notar yo que Platón no es ajeno a una concepción del signo lingüístico que admite una oposición ternaria. Y en el *Crátilo* son evidentes otras varias posiciones respecto al lenguaje, en que se nos presenta la existencia de nombres que no responden a un verdadero conocimiento científico y son, por tanto, engañosos. En otros diálogos diversos se nos ofrece, finalmente, una visión del lenguaje en que el sentido de los nombres es cambiante, depende del emisor y del receptor: aquello que sabía muy bien

⁵ «Lengua, Ontología y Lógica...», p. 231 ss de la reimpresión en *Estudios...*

⁶ *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart*. I, Tübinga 1969, p. 53.

⁷ «La teoría del signo lingüístico en un pasaje del Banquete platónico» cit.

Gorgias, como hice ver en un artículo ya citado. Pero que Platón rechaza en casi toda su obra: busca un signo lingüístico no mediatizado por los afectos del que habla o escucha, ajeno a toda retórica. Todavía: en algún pasaje del *Gorgias* (482 e ss.) hace ver Platón que conoce el triple plano del nombre, «lo pensado» (el referente) y la cosa, ni más ni menos que Gorgias en el *Del No Ser*, como hice ver en el trabajo aludido.

Pero de todos estos tipos de nombres Platón se queda, en su investigación, con los que responden exactamente a la cosa, después de una investigación detenida. Desde nuestro punto de vista, esa investigación fuerza el sentido de esos nombres en la lengua griega: pero Platón prefiere hacer esto — sin darse cuenta, evidentemente — a dar el «salto» investigando la realidad directamente, más allá de la barrera lingüística. Teóricamente, admite la posibilidad de ese salto: pero hemos visto que, en la práctica, no ha propuesto un medio para darlo. Prefiere partir del lenguaje: o, mejor dicho, de un sector del lenguaje, previamente interpretado «Platonico more».

Partir solamente del *Crátilo* para investigar las ideas platónicas sobre el lenguaje, es un error. Entre otras cosas, porque impide ver el *Crátilo* en su justa perspectiva. Platón, que hace filosofía a partir del lenguaje y, más concretamente, de una determinada concepción del lenguaje, de un determinado tipo de lenguaje, no deja por ello de conocer el problematismo de la relación del nombre y la cosa. En el *Crátilo* se lo presenta, sin llegar a soluciones absolutamente claras: aunque hay las tres concepciones (se deduce) del lenguaje $\phi\upsilon\sigma\epsilon\iota$, del lenguaje $\nu\omicron\mu\omega$ y de posiciones más matizadas que, en realidad, son un tanto indiferentes a dicha oposición y se centran en la idea de que el lenguaje es *mímesis*, de que hay un «legislador» y de que hay un grado variable de relación entre el nombre y la cosa. Coseriu ha visto muy bien que las dos posiciones $\phi\upsilon\sigma\epsilon\iota$ y $\nu\omicron\mu\omega$ son más que otra cosa simples puntos de partida de la investigación, cuya intención es el problema de la relación de que estamos hablando. El diálogo no es absolutamente claro y terminante en sus conclusiones — es más bien del tipo aporético — y de ahí la tinta que ha hecho verter y los equívocos a que ha llevado. Es un momento, de otra parte, en que Platón, con alusión a sus predecesores y al problema del lenguaje en general, hace una especie de crítica de sí mismo, del riesgo del filosofar a partir del lenguaje, de una determinada concepción del lenguaje. Algo así como cuando en el *Parménides* critica la teoría de las ideas, presenta objeciones contra ella: entre otras cosas, dominios periféricos a los que no se adapta bien.

Pero no creo, después de todo esto, que pueda dejar de ser cierto que en su investigación Platón acepta, sin discusión previa siquiera, la idea de la correspondencia nombre=cosa (sin un referente que sea un término intermedio). Que otras posiciones son en él absolutamente marginales y, en realidad, relegadas a niveles afilosóficos de conocimiento. Que esta posición es aceptada explícitamente para un sector del lenguaje, al menos. Que la investigación «a partir de las cosas mismas» es, para él, un *pium desiderium* y que, pese a la crítica a que el principio es sometido y al riesgo que confesadamente implica, el nombre sigue siendo utilizado por él como «instrumento de enseñanza y clasificación del Ser»⁸.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS
Universidad Complutense de Madrid

⁸ En un trabajo inédito de M.^a Angeles Durán, «Concepto platónico de la lengua», en prensa en *RSEL*, se desarrollan y llevan más lejos algunos de los puntos de vista arriba expuestos, que por otra parte estaban implícitos en trabajos míos anteriores.